

TERCERA PARTE.

FRANCISCO PIZARRO.

I.

Ojeada retrospectiva.—Ojeda y Nicuesa.—Construcción de San Sebastian y de Nombre de Dios.—Nuñez de Balboa.—Descubrimiento del Océano Pacífico.—Pedrarias.—Destitución de Balboa.—Es arrestado.—Su proceso.—Su muerte.—Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando de Luca.—Detalles acerca de Pizarro.—Triunvirato.—Una misa.—Partición de la hostia.—Sacrilegio.—Espedición para la conquista del Perú.—La tierra de Fuego.—Los vientos aliseos.

DESPUES de la muerte de Colon, muchos aventureros se lanzaron á seguir sus huellas, lisonjados con la esperanza de completar en el continente ame-

ricano los descubrimientos de aquel grande hombre. Hubo dos entre ellos, Ojeda y Nicuesa, que se encaminaron hácia el istmo de Darien, y perpetuaron su nombre con la fundacion de dos colonias: el primero fundó á San Sebastian, y el segundo á Nombre de Dios. En el momento en que Nicuesa desembarcó en este paraje, que halló muy á propósito para establecer una colonia, se volvió hácia sus compañeros exclamando: "Paremos aquí en nombre de Dios," y la colonia conservó este nombre.

Un oficial que Ojedá habia enviado á la isla Española, trajo consigo á un hombre que adquirió despues gran celebridad: llamábase Nuñez de Balboa y reunia mucho talento á un valor á toda prueba. Acusado en la Española de un crimen que no citan los historiadores, y queriendo librarse de la pena capital en que habia incurrido, se escondió dentro de un tonel, y así hizo que le llevasen á bordo del navío enviado por Ojeda. Consignió burlar la vigilancia del mismo capitan, á quien habian prohibido admitir á bordo ningun criminal. Balboa no salió de su estrecho escondite hasta algunos dias despues de haberse embarcado y cuando el buque se hallaba á mas de cien cien leguas de la isla Española. El capitan le amenazó con que le dejaría en la primera isla desierta que encontrase al paso; pero las vivas instancias de la tripulacion en favor del fugitivo, aplacaron por fin al capitan y Balboa desembarcó en el Darien.

No tardó en distinguirse por su actividad, su in-

teligencia y su resolucion: él fué quien aconsejó el establecimiento de una colonia á la embocadura del río de Darien, y en un terreno conquistado á las márgenes de este río. Esta colonia fué llamada Santa María la Antigua del Darien; aunque hoy día se designa sólo con el nombre de Santa María. Los compañeros de Balboa reconociendo su mérito, le eligieron comandante: emprendedor y ambicioso, quiso distinguirse con algunos descubrimientos importantes, y explorando las comarcas vecinas, hizo alianza con muchos caciques, sometiendo á los que opusieron resistencia á sus invasiones.

El paso al través del estrecho istmo de Darien presentaba obstáculos casi insuperables. Una cadena de altas montañas, enlazadas con las cordilleras ó Andes, que se estienden á lo largo de la América, protegen este istmo contra el choque de los dos mares, y estas montañas se hallaban cubiertas de bosques tan espesos, que parecia imposible abrirse paso. La lluvia que no cesa de caer durante nueve meses del año, trasforma en lagos ó pantanos impenetrables los valles que dividen las montañas; así es que bajo la influencia de esta humedad que hace tan insalubre aquella morada, se multiplican las serpientes, las víboras, los sapos, los lagartos y muchísimas variedades de insectos.

Estas dificultades no arredraron al temerario jefe de los aventureros españoles. Hacia veinticinco dias que disputaban éstos su existencia al hambre, á la sed, al frio y calor, siguiendo un ca-

mino practicable apenas á los animales feroces, y sin embargo, no habian andado mas terreno del que andaria en seis dias un hombre marchando al paso ordinario por un camino real. Ya empezaban á desconfiar de los resultados, cuando llegaron por fin al pié de una alta montaña, desde cuya cumbre se debia descubrir el nuevo Océano, segun aseguraba el hijo del cacique Komagre, y este jóven indio no les habia engañado.

Balboa quiso tener él solo el honor de un descubrimiento tan importante, y fué el primero á trepar por la montaña, mientras que sus compañeros le seguian con sus inquietas miradas: llegó así á la cumbre, donde se hincó repentinamente de rodillas, levantando sus manos al cielo. Al ver esta accion, los españoles que comprendian la causa del éstasis de Balboa, acuden á unirse con él y gozar el magnífico espectáculo que el Océano presenta á sus ojos asombrados. A ejemplo de su jefe, se arrodillan tambien y dan gracias al cielo por la felicidad y la gloria que acaba de concederles.

El jefe español se apresuró á tomar posesion en nombre del rey de España, su señor, de aquellas dilatadas comarcas y del mar del Sur que baña sus costas.

Apenas se habia alejado de la orilla, cuando un terrible huracan alborotó las olas, y poco faltó para que las canoas fuesen sumergidas. Los indios mismos, aunque familiarizados con aquellos peligros, quedaron atemorizados; pero como el riesgo

era urgente, saltaron al agua y ataron las canoas de dos en dos, con lo que se pudo evitar que se fuesen á pique. Al fin los españoles pudieron llegar á una isla formada de peñascos; pero un nuevo peligro les esperaba en aquel lugar, donde esperaban haber encontrado un asilo seguro: la isla entera quedó inundada en la hora del reflujo. Balboa y sus infelices compañeros tuvieron que pasar la noche con el agua hasta la cintura, y temiendo el quedar todos sumergidos con la elevacion de la marea. Así que amaneció quisieron volverse á embarcar; pero habia algunas canoas enteramente hechas pedazos, y otras tan averiadas que no podian sostenerse en el mar. En cuanto á las provisiones y efectos de los españoles, todo se lo habia llevado el agua.

Muriéndose de hambre y de frio y estenuados de cansancio, se veian condenados á perecer sobre aquella roca estéril: felizmente encontraron algunos arbolitos, y arrancándoles la corteza, todavía tierna, la mascaron mezclada con algunas yerbas, sirviéndose de la misma mezcla para tapar las rejas y agujeros de las canoas que habian padecido menos. En semejantes barcas se atrevieron á aventurarse en el mar, y precedidos de los indios que iban nadando delante de ellos, llegaron por fin á la costa. Se refugiaron al territorio de un cacique, que en lugar de proporcionarles víveres, conforme habian prometido los indios, acudió con una toopa de naturales armados para atacarlos.

No esperaron los españoles el [ataque, sino que acompañados de los perros, tan hambrientos como ellos, cayeron sobre los indios, matando á muchos, ahuyentando á los demás, y dejando mal herido al cacique. Esta victoria de los españoles decidió al enemigo á implorar la paz.

Entre todos los compañeros de Balboa, el que se distinguió mas por su intrepidez y la energía de su carácter, fué FRANCISCO PIZARRO, á quien veremos bien pronto aparecer en la escena, aunque no con un papel subalterno.

Apenas volvió Balboa á Santa María, cuando envió á España un comisionado que anunciase al rey Fernando el descubrimiento del mar del Sur, y le presentase la parte que tocaba á la corona del oro y perlas que se habian recogido en esta expedición. El rey Fernando quedó al principio muy gozoso con tal noticia; pero despues desconfió de Balboa y envió para que le reemplazase en Santa María, otro gobernador con la comision de acabar prontamente lo que el primero habia comenzado. Este acto de palpable injusticia debia tener las consecuencias mas funestas para Balboa.

El nuevo gobernador del Darien se llamaba Pedrarias, pertenecia á una de las familias mas nobles de España, y tenia los modales propios de su nacimiento; pero era intrigante, hipócrita y envidioso. El gobierno español puso á su disposicion quince navíos y mil doscientos hombres, siendo muchísimos los caballeros que quisieron participar de los pe-

ligros y la gloria de la expedición. Este era el armamento mas considerable que el rey Fernando habia costado.

Asi que entró la flota en el estrecho de Darien, Pedrarias envió á tierra un mensajero que anunciase á Balboa su destitucion y llegada del nuevo gobernador. Creíase que indignado aquel por la afrenta con que el rey pagaba sus servicios, desobedecería sus órdenes y trataría de mantenerse á fuerza de armas en el puesto que ocupaba. Creíase tambien que el gobernador viviria rodeado de fausto y ostentacion, ejerciendo sus funciones con la solemnidad que convenia al representante de un poderoso monarca; ipero cuál fué la sorpresa del enviado de Pedrarias, cuando se encontró un hombre cubierto con un grosero vestido de algodón, con zapatos de esterilla y muy afanado en componer su miserable choza de cañas!

Este hombre era Balboa, el gobernador de Santa María: no titubeó en declarar que estaba pronto á someterse á las órdenes de su soberano. En vano sus soldados, que pasaban de cuatrocientos hombres, todos aguerridos, hicieron vivas instancias al gobernador para que se pusiese á su cabeza y defendiese sus derechos con espada en mano: él persistió en su resolucion, y cuando desembarcó Pedrarias fué á rendirle homenaje, protestando su obediencia y su lealtad.

El primer acto del nuevo gobernador fué imponer una multa muy considerable á Balboa, para cas-

figarle por haber usurpado estas funciones. Además, queriendo deshacerse á toda costa de un rival peligroso, cuyos talentos escitaban su envidia, le hizo comparecer ante un tribunal cuyos jueces estaban vendidos al gobernador, y se le declaró complicado y convicto de conspiracion contra la persona del rey y su delegado, y á pesar de las lágrimas y ruegos de toda la colonia, hasta de los mismos jueces, que expiaban ya con sus remordimientos una sentencia tan infame, el implacable Pedrarias hizo decapitar á Balboa en la plaza principal de Santa María.

Entre los españoles que se habian establecido con Pedrarias en Panamá, habia tres hombres que iban pronto á hacerse muy célebres. El primero se llamaba Francisco Pizarro, el segundo Diego de Almagro, y el tercero Fernando de Luca: este último era un sacerdote que se habia enriquecido en Santa María.

Francisco Pizarro habia nacido en el año de 1475 en Trujillo de Estremadura, y era hijo natural de un caballero español y una cortesana. Su niñez se pasó en las groseras ocupaciones del campo, donde guardaba los ganados. Privado de educacion y avergonzándose del género de vida á que condenaban su juventud, sentó plaza de soldado. Este oficio presentaba en Europa poco aliciente á su ambicion, y se embarcó para América, animado con el ejemplo de tantos aventureros como allí se habian enriquecido. Acompañó á Balboa en su peligrosa

espedicion, distinguiéndose de tal modo, que á pesar de sus escasos conocimientos obtuvo el grado de oficial. El vigor de su constitucion igualaba á su valor y á la energia de su carácter. El primero en el puesto del peligro, vigilante, aplicado, habia comprendido la necesidad de suplir los conocimientos que le faltaban, y bien pronto hizo ver que el antiguo guarda de cerdos era muy digno del mando.

Estos tres hombres se asociaron para dirigir una expedicion al Perú. Cada uno de ellos se ofreció á contribuir con cuanto tenia para los gastos del armamento. Pizarro, menos rico que sus asociados, se encargó de dirigir y mandar la expedicion; Almagro prometió llevarle de tiempo en tiempo refuerzos, víveres y municiones de guerra. En cuanto á Fernando de Luca, mas astuto é inteligente que sus compañeros, debia quedarse en Panamá, para conservar las buenas disposiciones de Pedrarias y velar por los intereses de la asociacion.

Cuando Luca consiguó que el gobernador aprobase la expedicion, fué á la iglesia con sus dos compañeros y celebró una misa. Despues de haber consagrado la hostia, la partió en tres pedazos, comulgando él con uno, y dando los otros dos á los cómplices de aquel sacrilegio, porque bien mercede este nombre un acto que tenia por objeto la muerte y la desolacion.

Un solo navío y ciento doce hombre de equipaje eran las fuerzas con que Pizarro se proponia conquistar el mayor imperio del mundo. Levó áncora-

ras en el golfo de Panamá, dirigiéndose al Sur; pero se hizo á la vela en la estación menos á propósito, y los vientos periódicos le eran contrarios.

Natural era que Pizarro, privado de conocimientos especiales y positivos, hallase grandes obstáculos: queria dirigirse hácia el Sur, mientras que los vientos soplaban directamente al Norte.

Después de una navegacion de setenta dias, después de una lucha peligrosa contra las olas y los vientos contrarios, apenas habia pasado de la isla de las Perlas, situada en el centro del gran golfo de Panamá.



340
DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Apuros de Pizarro y de sus compañeros.—Desembarco en las costas de Quito.—Huracanes, temblores de tierra.—Rebelion de Pizarro.—Sus catorce compañeros.—La isla Gorgona.—Llegada de un navio.—Desembarco en Tumbes.—Los peruanos.—El guanaco.—Pizarro en Madrid.—Vuelve al Perú.—IncurSIONES de los españoles.—El rio de las Esmeraldas.—Los incas.—Religion de los peruanos.—Las vírgenes del Sol.—Legislacion peruana.—Usos y costumbres.—El noviciado de los soberanos.—Huana Capac.—Sus dos hijos.

Los diversos parajes donde abordó Pizarro, debian inspirar un profundo desaliento á este jefe y sus compañeros: no encontraban por todas partes

mas que intrincadas selvas sin un árbol frutal, ó lagunas fangosas cuyas aguas estancadas exhalaban moféticos vapores, y por todas partes tambien acudían los pueblos salvajes para combatir y esterminar á los extranjeros. En lugar del oro que buscaban en aquellas costas, los españoles no habian encontrado mas que hambre, viéndose precisados para sostener su miserable existencia, á comerse los tiernos retoños de los árboles, y viéndose además acometidos de enfermedades á las que sucumbió la mayor parte de los compañeros de Pizarro. Viendo este su tropa tan debilitada, comprendió que debia volverse atrás en busca del refuerzo que Almagro habia prometido traerle. Se decidió á hacerse á la vela para Chuchama, situada en frente de la isla de las Perlas.

Almagro, fiel á su promesa, habia reclutado setenta hombres, y los traía á Pizarro, á quien suponía ya en el rico país cuya conquista habian proyectado. Dirigiéndose hácia este paraje, habia encontrado el mismo obstáculo que su compañero en los vientos contrarios: lo mismo que este habia tenido que combatir con los habitantes de las costas, y aun habia perdido un ojo en un encuentro muy vivo con los salvajes. En la isla de las Perlas supo dónde se habia refugiado Pizarro, y fué al instante á reunirse con él en Chuchama.

Esta reunion hizo olvidar á los dos aventureros los males que habian sufrido, y lejos de sentirse desanimados con tan tristes preludios, resolvieron

hacerse al instante á la vela. Esta vez fueron mas felices y llegaron, aunque no sin dificultades, á la bahía de San Mateo en las costas de Quito. Desembarcaron en Tucamas, cerca de la embocadura del rio de las Esmeraldas. Quedaron agradablemente sorprendidos con la fertilidad de una provincia que era la mas vasta y mas bella del imperio del Perú, porque á pesar de que este país se halla bajo el fuego del Ecuador, el aire es tan templado que ofrece la suavidad de una eterna primavera.

Pero este hermoso país se halla espuesto á tempestades y temblores de tierra tan frecuentes, que alejan de él á los europeos. La capital del Perú fué víctima cuatro veces de estos temblores de tierra: enteramente destruida por la quinta catástrofe hace mas de un siglo, fué reedificada; pero los habitantes, avisados al fin por una triste esperiencia, se guardaron muy bien de construir casas muy altas que no convienen á un país cuyo suelo se halla espuesto á tan frecuentes conmociones. Las edificaron de solo un piso para que pudiesen resistir mejor á los temblores de tierra, conformándose en este particular á la antigua costumbre de los indígenas.

Pizarro y Almagro opinaron que seria una temeridad el intentar una conquista que podia presentar grandes dificultades, con una tropa debilitada ya con las fatigas de un largo viaje y las enfermedades, y se decidió que Almagro volviese á Panamá para buscar nuevos refuerzos, mientras que Pizarro

iria á esperarlos con los soldados que le quedaban, en la isleta del Gallo, situada á poca distancia de tierra firme. A consecuencia de esta resolucion, Almagro se separó de su compañero y partió á Panamá.

Pizarro abandonó bien pronto la isla de Gallo, que le ofrecia poca seguridad, y pasó á otra isla á la que dió el nombre de Gorgonia, á causa de los sombríos y espesos bosques de que estaba cubierta, y de las escarpadas montañas que la erizaban. Hacia ya cinco meses que estaba en ella y todavía no habia llegado ningun navío con las provisiones y los refuerzos que esperaba. Trató entonces de salir de una posicion tan horrible y llegar á tierra firme. Comenzó á trabajar con ayuda de sus compañeros, en la construccion de una balsa, único recurso que se presentaba en medio de su desesperacion; pero en el momento en que trabajan con mas ardor en esta obra difícil, vieron venir un navío á toda vela hácia la isla.

Pronto llegó, y su arribo escitó trasportes de alegría, porque venia enviado desde Panamá por los asociados de Pizarro, que habian conseguido al fin el permiso del nuevo gobernador. Pizarro y sus catorce compañeros se embarcaron en este navío, haciéndose á la vela al Sud-Este hácia las costas del Perú.

Después de veintiun dias de navegacion, entraron en la bahía de Tumbes, ciudad peruana. Apenas habian anclado los españoles, cuando acudieron

muchos peruanos manifestando la sorpresa que les causaba la vista del navío y de hombres blancos y con barbas. Después se acercaron diez ó doce canoas llenas de peruanos que traian á los españoles bastimentos de toda especie en vasos de oro y de plata: todo esto lo enviaba el cacique, invitándoles al mismo tiempo á desembarcar. Todos querian bajar á tierra; pero Pizarro no concedió este permiso mas que á uno de sus españoles, acompañado de un negro. El diferente color de aquellos dos extranjeros asombró á los peruanos, que todos son de color de cobre, é hicieron un experimento singular con el negro, lavándole la cara á ver si se volvía blanco: la inutilidad de sus esfuerzos no hizo mas que redoblar su asombro y su admiracion.

Los dos enviados de Pizarro fueron recibidos en todas partes con el mayor afecto, festejando su llegada y ofreciéndoles en todas partes víveres y la hospitalidad mas generosa. Pudieron de paso juzgar de la riqueza del país por el oro y la plata que brillaban en las habitaciones.

La lana que los peruanos empleaban en sus vestidos, no era producto de verdaderas ovejas, sino de otros animales lanudos, á los que llamaban indistintamente llamas, carneros del Perú y guanacos.

Convencido Pizarro por la relacion de los dos enviados, de que seria una locura tratar de someter con tan escasa tropa un pueblo tan numeroso, dilató la ejecucion de su empresa y resolvió limitarse á explorar las costas de aquel hermoso país y adquirir

rír noticias exactas acerca de sus fuerzas y el régimen de gobierno de la nación peruana. Con esta intencion se apresuró á dirigirse hácia el Sud.

De vuelta en Panamá, se creyó Pizarro que el gobernador viendo las pruebas de la riqueza de las comarcas visitadas por los españoles, le facilitaria su apoyo para preparar otra espedicion. En vano presentó á Pedro de los Rios los magníficos vasos de oro y de plata; en vano ostentó á su vista las telas de lana y de algodón que habia traído; en vano le enseñaba muchos jóvenes peruanos que habia embarcado para que le sirviesen de intérpretes; el gobernador permaneció indiferente y frio: llegando su prudencia á quivocarse con la cobardía, temió debilitar la colonia de Panamá permitiendo á Pizarro que reclutase nuevos soldados. Rehusó por consiguiente toda especie de socorro á los tres asociados, á quienes esta negativa puso en el mayor compromiso, porque estaban completamente arruinados y sin crédito para procurarse nuevos recursos.

Resolvieron dirigirse directamente á la corte de España, y Pizarro fué elegido para desempeñar esta difícil comision. Los tres compañeros lograron reunir los fondos necesarios para el viaje, y Pizarro partió. Presentóse á Carlos V, que entonces reinaba en España, y todos los que conocian al jefe de los aventureros quedaron asombrados de la dignidad y nobleza con que se presentó en la corte. La relacion que hizo al emperador y á sus ministros de los trabajos y peligros de la primera espedicion,

el cuadro que trazó de los vastos dominios que habia descubierto, y el acento de verdad de sus palabras, maravillaron á la corte imperial. Se apresuraron á concederle la autorizacion que solicitaba; obteniendo además el gobierno de todos los países que conquistase y la dignidad de juez supremo, sin embargo de que se habia comprometido á pedir esta dignidad para su amigo Almagro. Fernando de Luca, el tercer asociado, como que era eclesiástico, no inspiraba recelos á la ambicion de Pizarro, y así no tuvo queja de infidelidad, porque á petición de Pizarro, le concedieron la dignidad de arzobispo de todos los países que fuesen conquistados.

Así que Pizarro entró en el golfo de Méjico, se dirigió hácia Nombre de Dios, desembarcó con sus compañeros y siguió á lo largo del istmo hasta Panamá. Almagro se llenó de júbilo al saber el feliz resultado de las negociaciones de Pizarro en Madrid; pero cuando supo la deslealtad con que se habia portado respecto de él, se llenó de indignacion y declaró que no queria tener mas relaciones con un hombre que le habia engañado tan indignamente. Al fin Fernando de Luca consiguió reconciliarle con Pizarro, que ofreció cederle la dignidad de juez supremo. Entonces los tres asociados se ocuparon con la mayor actividad en los preparativos de la espedicion.

No se componia mas que de tres navíos pequeños y de ciento ochenta soldados, entre los que se contaban treinta y seis ginetes. Se hizo á la vela á

principios del año de 1531. Pizarro quería desembarcar en Tumbes; pero fué alejado por los vientos y las tempestades y tuvo que entrar en la bahía de San Mateo, desde donde resolvió ir por tierra á Tumbes, aunque era preciso atravesar un país cubierto de lagunas intransitables y cruzar grandes rios cerca de su desembocadero. Durante esta penosa marcha, los españoles hubieran podido hallar algunos auxilios en los indígenas; pero éstos huían al acercarse unos extranjeros cuyos pasos iban señalados con las violencias y rapiñas. Faltos de víveres y en vísperas de morir de hambre, llegaron á Conca, ciudad situada cerca del mar y casi debajo de la línea. Se arrojaron cual lobos hambrientos que invaden un rebaño, sobre la desgraciada ciudad, ahuyentando á los habitantes para saquearla. Se apoderaron no solo de los víveres de los indios, sino tambien de muchos vasos de oro y plata y de esmeraldas. Estas piedras preciosas se hallan con tal abundancia en este país, que han hecho dar al rio que le baña el nombre de rio de las Esmeraldas.

Después de haber permanecido algun tiempo en la isla de Puna, que está situada en el golfo de Guayaquil, salió Pizarro de esta isla para volver al continente. Se dirigió á marchas forzadas hácia Tumbes; pero habia llegado allí la noticia de las rapiñas de su tropa, y en lugar de hallar en los habitantes la hospitalidad y afecto que tanto habia tenido que alabar, no encontró mas que disposiciones hos-

tiles. Habian tomado las armas, y con el cacique á la cabeza se resistieron á todas las tentativas de Pizarro para que hiciesen alianza con los españoles. Era forzoso combatirlo. Pizarro concibió el proyecto de sorprender al cacique con un brusco acometimiento. Parte acompañado de sus dos hermanos y de cincuenta ginetes, atraviesa por la noche un rio, y superando los obstáculos de un terreno intransitable, se presenta al romper el dia delante del campo del cacique. A vista de un enemigo que creian tan distante, y de los caballos, de aquellos monstruos, que con el ginete que los montaba tenian por un mismo animal, todos los peruanos huyeron poseidos de espanto. Pizarro y sus caballeros los persiguen y los dispersan, dando muerte á algunos de ellos.

Reconociendo su debilidad y el irresistible poder de tan formidable enemigo, el cacique envió regalos al vencedor, pidiéndole la paz con vivas súplicas. Este cacique no era soberano de todo el país, sino únicamente gobernador de todo el territorio de Tumbes; mandaba en nombre del rey, de quien era á un tiempo el teniente y el vasallo.

Pero antes de comenzar la narracion de las operaciones militares de Pizarro, debemos tomar de los escritores españoles, á pesar de que han mezclado algunas fábulas con la historia del Perú, los necesarios detalles acerca del imperio de los Incas, que va á ser bien pronto el trofeo de un aventurero afortunado.

Segun estos historiadores, el imperio de los Incas ó del Perú se hallaba floreciente hacia ya cerca de cuatrocientos años. Fué fundado por Manco-Capaz y su mujer Mama-Ozello. A la voz de Manco-Capaz, los habitantes de este país montañoso se reunieron para escuchar sus lecciones y poner en práctica su enseñanza. Así fué como aprendieron á cultivar la tierra, á formarse vestidos y construir cabañas. Mama-Ozello por su parte, enseñó á las mujeres de estos salvajes el arte de hilar y de tejer, habituándoles á las demás ocupaciones de la vida doméstica. Así empezó para estos pueblos groseros una educacion que suavizó sus costumbres y concluyó por darles las formas de una nación casi civilizada.

Estos legisladores substituyeron al antiguo culto de los salvajes, que sacrificaban á sus ídolos víctimas humanas, una religion que no reconocia mas que un Ser supremo: este era el Sol.

Se erigieron templos al Sol, como al dios de los peruanos. Los Incas, como descendientes del Sol, eran los únicos sacerdotes en los templos: las mujeres solteras de esta familia, á quienes se llamaba vírgenes del Sol, estaban consagradas á su culto, como las vestales entre los romanos, y aunque podian tomar esposo, habia de ser en la familia de los Incas.

Entre los peruanos la Luna era tambien considerada como una divinidad, aunque de orden inferior, y creian que podia morir. Su opinion acerca de los

eclipses era muy singular: cuando se verificaba alguno de ellos, creian que la luna estaba enferma, temiendo que se muriese, porque entonces cayendo del cielo haria pedazos la tierra.

Para conjurar esta catástrofe, daban grandes alaridos y redobles de tambor, con cuyo estrépito se mezclaba el discordante sonido de sus pífanos: tambien castigaban á los perros para hacerles aullar, porque creian que la luna tenia mucho cariño á estos animales.

El dia en que los peruanos concurrían á la reunion general con los príncipes de la familia de los Incas, era un dia de fiesta que empezaba y concluía con la música y el baile. Se cultivaban primeramente las tierras del Sol; despues las de los pobres y los guerreros, en seguida las de los Incas, y por último, la parte concedida al pueblo.

Gracias á esta comunidad de trabajos y placeres, los corazones de los peruanos se hallaban unidos con los lazos de un mútuo cariño. Queriendo á los Incas como si fuesen sus padres, obedeciéndolos como súbditos siempre dóciles, respetuosos se conformaban á sus órdenes, que miraban como sagradas: eran en su concepto, órdenes emanadas del mismo Sol, del que los Incas eran intérpretes y mediadores. Cuando un peruano habia contravenido á las leyes, venia á acusarse de aquella infraccion, se denunciaba á sí mismo y pedia el castigo de la alta cometida.

Los peruanos nada podian poscer en propiedad,

al fin de cada año se verificaba nueva repartición de los campos asignados á cada familia. En la ejecución de esta medida se tomaba en consideración el aumento ó disminución de la familia, y de este modo se hacia imposible el dominio perpetuo.

Las pruebas á que tenían que sujetarse los jóvenes Incas antes de ser declarados hijos del Sol, exigían tanta constancia, firmeza y valor, como fuerza, sutileza y agilidad. Así es que debían hacer con su propia mano un arco y un flecha, una maza, un venablo, una onda, un escudo y un par de zapatos, ó mas bien suelas de correa atadas con cordones de lana.

Estas pruebas duraban un mes, y mientras que los jóvenes estaban sujetos á ellas, eran visitados continuamente por sus inspectores y sus maestros, que los exhortaban á mostrarse dignos de su estirpe, cuya gloria recordaban.

Once reyes habían ocupado sucesivamente el trono de los Incas desde la muerte de Manco-Capaz. El duodécimo de los reyes del Perú, Huayna-Capaz, dejó dos hijos: uno, llamado Huascar, había nacido de una mujer de la familia de los Incas, y el otro, llamado Atahualpa, de la hija del rey á quien el último soberano había quitado la provincia de Quito. Había éste mandado que despues de su muerte los dos hermanos dividiesen el reino entre sí; reinando Huascar en el antiguo dominio de sus padres y Atahualpa en la provincia de Quito.

El pueblo se pronunció con energía contra una

disposición que violaba la ley fundamental, la que prevenía que la primera condición para ser soberano, era el provenir por línea paterna y materna de la familia de los Incas.

Huascar quiso aprovecharse de esta manifestación pública que le era tan favorable, y hacer valer el derecho que le daba la ley fundamental. Por consiguiente, resolvió obligar á su hermano á que le cediese la provincia de Quito; pero Atahualpa le opuso una viva resistencia, la guerra civil estalló, y Huascar vencido cayó en manos de su hermano. Abusó éste cruelmente de su victoria, y creyendo consolidar su poder, mandó matar á todos los hijos del Sol de que pudo apoderarse por fuerza ó por astucia. Solo exceptuó á su hermano Huascar, prisionero, para no acabar de exasperar á sus vasallos irritados con su barbarie.

Tal era la situación política del imperio del Perú cuando Pizarro formó el proyecto de conquistarle.



Entre tanto Pizarro, después de haber estado
También avacaba siempre con dirección al Sud
hasta llegar á la embocadura del río llamado Piu